

verdadero estado de las cosas presentaba como segura la inminente introducción violenta de la Inquisición española, y con esto, como amenazados el bien y la libertad del país (1). Para entender la general irritación que de este modo se provocó, hay que atender a que, aun los que se mantenían fieles a la Iglesia católica, fuera de muy raras excepciones, estaban enteramente contra todo castigo violento de los novadores: los unos, porque eran indiferentes en materia de religión, los otros, porque seguían las ideas de Erasmo y Casandro, otros a su vez, porque tenían perjuicios para el comercio de Flandes, y todos, porque veían en la Inquisición, ora se presentase en la forma que le dió Carlos V, ora como en España, un grave peligro para las libertades y privilegios del país, que celosamente guardaban. En este sentido aun los católicos flamencos, que formaban entonces la inmensa mayoría de la población, eran *mendigos*, pero sólo «mendigos políticos» que pretendían fines relativos al gobierno del Estado, a diferencia de los «mendigos religiosos» o calvinistas, los cuales procuraban una absoluta libertad de religión para sí, y al mismo tiempo una entera opresión y exterminio del mortalmente odiado culto católico, como «idolatría romana». Si la gobernadora se hubiese esforzado en resistir con energía, los adalides de esta minoría, los predicantes calvinistas, habrían sido dispersados a todos los vientos (2). Pero Margarita se intimidó de tal suerte, que no se atrevió a oponer ninguna resistencia. Estaba enteramente sin consejo a vista de aquel movimiento, que tomaba formas cada vez más peligrosas.

La débil actitud de la gobernadora, que se imaginaba apaciguar a los mendigos religiosos con la mitigación de los edictos, no hizo más que espolear a los predicantes calvinistas a proceder con

su pertinacia en la herejía. V. W. Wilde, *Merkwaardige cijfers betreffende de Geloofsvervolgingen in Nederland tijdens de 16^e eeuw*, Utrecht, 1893, 37 s.; Claessens, *L'inquisition dans les Pays-Bas*, Turnhout, 1886, 259 s.; v. d. Haeghen, *Du nombre des protestants exécutés dans les Pays-Bas*, 1889; Rutgers, *Calvyns invloed op de Reformatie in de Nederlanden*, 141 s.; Hoog, *Onze Martelaars*, en el *Nederl. arch. voor boekgesch.*, I, Leyden, 1899, 82 ss.

(1) V. Rachfahl, II, 2, 554 s.; cf. *ibid.*, 560 sobre el hecho de que Felipe II no quería introducir ninguna novedad, sino sólo que se ejecutasen rigurosamente los edictos existentes.

(2) V. Blok, III, 46 s.; Pirenne, III, 542 s., 551, 558, 565. En todo el país, como juzgaba un católico italiano, el arquitecto Marchi, no había veinte personas que desearan sinceramente la conservación de la Inquisición; v. Cauchie en las *Analectes pour servir à l'hist. ecclés. de la Belgique*, XXIII (1892), 26.

más osadía. Conforme a la resolución de un sínodo congregado en Amberes, se dió comienzo en todas las provincias a una activa propaganda en favor del calvinismo. Hacia mucho tiempo que el terreno estaba favorablemente preparado para éste en aquellas comarcas donde dominaban los grandes comerciantes e industriales, es a saber, en Amberes y los demás puertos, así como en los distritos industriales de la Flandes occidental. Allí había un numeroso proletariado obrero, que se adhirió al nuevo movimiento, lo mismo que muchos que no tenían ocupación, pordioseros y vagabundos, parte por deseo de hacer oposición, parte para mendigar limosnas (1). Pero juntamente la doctrina de Calvino tenía también sus partidarios en las clases elevadas, principalmente entre los comerciantes ricos, abogados, magistrados y los nobles, los cuales suplían con su apasionamiento y audacia lo que todavía faltaba a aquel movimiento en extensión. Cuán poco firmes raíces hubiese echado la nueva religión, habíalo mostrado el hecho de que en 1563 bastó un solo envío de tropas para restablecer el antiguo estado de cosas en Valenciennes, Tournai y la región marítima de Flandes (2). Los más puestos a riesgo habían entonces emigrado; pero ahora volvieron en gran número, y aun de Ginebra, Francia, Alemania e Inglaterra acudieron presurosos muchos predicantes para conquistar metódicamente para su secta a las clases populares. Desde fines de mayo de 1566 hiciéronse predicaciones furiosas contra la «idolatría romana», a campo raso, ante millares de oyentes, en su mayor parte armados. Al mismo tiempo se esparcieron por las ciudades y aldeas innumerables pasquines mordaces, libelos infamatorios y denigrantes contra la Iglesia y también contra el rey. Junto con los predicantes extranjeros aparecieron en todas partes otros indígenas, muchas veces sacerdotes apóstatas, y también zapateros y sastres, todos unidos y conformes en azuzar al pueblo contra la «fantasmagoría» de la antigua Iglesia. Las autoridades acobardadas lo dejaban pasar todo; hasta en Bruselas se pudo predicar el calvinismo en dos sitios. Las provincias del norte se vieron asimismo invadidas por aquel movimiento; los focos principales eran Amberes y toda Flandes. En Tournai los novadores procuraron ya obligar a los católicos con amenazas a escuchar sus injuriosas predicaciones. Utilizáronse todos los medios: los revolu-

(1) V. Pirenne, III, 530 s.; Rachfahl, II, 2, 525 s., 530 s.

(2) V. Pirenne, III, 538.

cionarios mostraban en los pueblos del sur de Flandes cartas con el sello real falsificado, que excitaban al saqueo de las iglesias. Precisamente allí se colocaron secretamente listas para inscribir a los que querían pelear a campo abierto por las nuevas doctrinas (1).

En agosto de 1566 el combustible esparcido por todas partes se inflamó en vivas llamas (2). El 10 de agosto, a impulso y bajo la dirección de los predicantes, comenzaron los horrores de la destrucción de las imágenes en los distritos industriales de la Flandes occidental, donde el calvinismo desde hacía largo tiempo tenía numerosos adeptos entre los proletarios. En las ciudades como en los pueblos, turbas furiosas penetraban repentinamente en los templos para destruir «los ídolos», contra los que tan ardorosamente habían predicado los ministros de su secta. Con horror veían los católicos sus iglesias devastadas, y hasta el Santísimo Sacramento pisoteado. En las comarcas entre Dunkerque, Yprés y Armentières se manifestó de este modo por primera vez el espíritu que se había infundido en las muchedumbres. El movimiento se propagó por Flandes como un rápido incendio; sólo quedaron libres de estos tumultos Brujas, Cambray, Douai y algunas otras ciudades, donde los católicos se animaron a una resistencia armada. Desde Flandes la fiera tormenta se extendió también a Zelanda, Holanda y Frisia, cometiendo en todas partes las mismas maldades de destrucción. Cayeron sacrificados a ella irreparables tesoros de arte. Con el grito de «¡Vivan los mendigos!» los

(1) Además de Pirenne, III, 559-570, v. especialmente Rachfahl, II, 2, 636 s., 643 s., 646 s., 673 s., 703 s.

(2) J. Kaufmann (Sobre los principios de la alianza de los nobles y de la destrucción de las imágenes, Bona, 1889, 36 s.) intenta demostrar, que un sínodo celebrado en Amberes por julio de 1566 había decretado la destrucción de las imágenes, pero que su ejecución había sido dejada al juicio de las comunidades. Rachfahl (II, 2, 713; cf. apéndice, 74) rechaza esta opinión como no fundada en fuentes auténticas, pero a la vez hace hincapié resueltamente en lo que sigue: «Eran los frutos de la predicación contra la idolatría, que ahora llegaron a su madurez, y en este concepto la destrucción de las imágenes es realmente obra del calvinismo, del espíritu que la doctrina del reformador de Ginebra había infiltrado con irresistible fuerza en los corazones de sus secuaces. No era consecuencia de una resolución generalmente valedera, tomada mucho tiempo antes, que obligaba a las comunidades en todas partes; pero la idea estaba, por decirlo así, en el ambiente. Ya hacía bastante tiempo que se iba fomentándola; no había sido de nuevo discutida sino en la asamblea de Saint-Trond. Y ahora se tomó de veras su ejecución.»

iconoclastas, entre ellos hasta individuos de las mejores clases sociales, corrían de iglesia en iglesia, de monasterio en monasterio, persuadidos de que hacían una obra agradable a Dios aniquilando «los ídolos romanos». Con rabia frenética maltrataban a los sacerdotes, frailes y monjas, destruían estatuas, cuadros, vidrieras, cálices, custodias y casullas, quemaban libros y manuscritos y hasta profanaban las sepulturas. De la confederación de los nobles sólo algunos, como el publicista Felipe de Marnix, aprobaron esta obra de destrucción. Cooperó el conde de Culemburg, el cual en una iglesia «purificada» a instigación suya se sentó a la mesa con su cuadrilla y para divertirla dió de comer a un papagayo hostias consagradas. Orange, que seguía con recelo los furiosos progresos del democrático calvinismo que no le era agradable, y aunque asistía todavía a los actos del culto católico, ocultamente favorecía a los luteranos, mantúvose sagazmente reservado. Por eso permaneció tranquila también Amberes, mientras él estuvo allí; sólo cuando el 19 de agosto se trasladó a Bruselas para tener parte en la asamblea de los caballeros del Toisón de Oro, se llegaron a cometer en Amberes las mismas atrocidades que en otras partes. En toda esta gran ciudad no quedó iglesia, ni capilla, ni monasterio, ni hospital incólume. Los daños causados en la catedral, el más hermoso y rico templo del país, se evaluaron en 400000 florines de oro. El número de las iglesias y monasterios devastados subía ya en 27 de agosto a 400 sólo en Flandes. En una gran parte del país había cesado el culto católico; sólo habían quedado exceptuadas las provincias de Namur, Artois, Henao y Luxemburgo (1).

La noticia de estos horrores y sacrilegios llegó mucho antes a Roma que a la corte de España, y confirmó a Pío V en su opi-

(1) V. Pirenne, III, 570 ss.; Blok, III, 58 s.; Rachfahl, II, 2, 709 s.; Kronen, Maria's Heerlijkheid in Nederland, VII, Amsterdam, 1911, 78 s. Cf. también las copiosas obras especiales sobre esta materia citadas por Piot en las notas a Renom de France, I, 131 s. El sacrilegio del conde de Culemburg está asegurado con varios testimonios (v. Corresp. de Philippe II, tomo I, 471, 480); por tanto no es exacto lo que dice Rachfahl (II, 2, 716), que no se halla atestiguada la cooperación ni siquiera de individuos particulares de la confederación de los nobles. Una lista de las iglesias e inapreciables obras de arte destruidas puede verse en Rathgeber, Anales de la pintura flamenca, Gotha, 1844, 196 ss. El daño para el conocimiento de los comienzos del arte de Juan van Eyck, lo pone de realce Weizsäcker en la Revista General, 1900, Suplemento, n.º 161.

nión enteramente verdadera y compartida por todos los concedores de las circunstancias, de que el más eficaz y el único remedio contra el incendio levantado en los Países Bajos era la presencia personal del rey de España en las provincias amotinadas.

Apenas elegido, el Papa había expresado este parecer en una carta a Felipe II, de 21 de febrero de 1566; repitiólo en marzo decididamente hablando con Requeséns (1). En abril de 1566 fué luego enviado a los Países Bajos el excelente arzobispo de Sorrento, Esteban Pavesi, miembro de la Orden dominicana, para obtener noticias ciertas sobre las circunstancias religiosas de dicho país (2). Felipe II, conformemente a su proceder lento y desconfiado, había procurado impedir esta misión, pero cedido al fin cuando en Roma se resolvieron a efectuar el envío del modo menos ruidoso. La prudencia y reserva de Pavesi contentaron al rey. El arzobispo tomó exactas informaciones sobre el estado de la religión, no sólo de la gobernadora y de su consejero Viglio, sino también de Morillón, vicario general de Granvela, de los teólogos de Lovaina, los obispos y otros eclesiásticos eminentes. Con Orange tuvo asimismo una entrevista; la cual transcurrió de un modo enteramente satisfactorio, pues este astuto político llevaba entonces todavía la máscara de católico. Los novadores se reportaron mientras Pavesi permaneció en Bruselas (desde el 21 de mayo hasta el 16 de junio). La gobernadora procuró hacer ver al enviado del Papa, que se había hecho en favor de la religión todo lo posible en el estado en que se hallaban entonces las cosas (3). No obstante, Pavesi no se forjó ilusiones sobre la gravedad de la situación. Pío V, por medio

(1) V. Corresp. dipl., I, 131, 157.

(2) Las credenciales de Pavesi para la gobernadora, de 18 de marzo de 1566, pueden verse en Laderchi, 1566, n. 465. En el Museo Británico, Addit. 26865, se hallan las minutas originales de varios breves semejantes para Carlos de Lorena y numerosos obispos de los Países Bajos. En un principio estuvo destinado Pavesi a ir como legado a la corte de Maximiliano II; v. en los números 19-22 del apéndice los *breves de 1.º y 21 de marzo de 1566. El nuncio no partió hasta abril. Sobre su misión cf. Corresp. de Philippe II, tomo I, 422, nota; Corresp. de Granvelle, éd. Pouillet, I, 245, nota; Holzwarth, I, 328 s., 459; Cauchie, Sources manusc. de l'hist. belge à Rome, Bruxelles, 1892, 43 s.; Brom, Archivalia, I, 197, 827; Rachfahl, II, 2, 630 s.; Corresp. dipl., I, 149, 156, 189, 194, 229, 233, 239, 246, 263 s., 280, 290, 302, 369; Dengel, V, 94. Sobre Pavesi mismo cf. Capece, 30 s. y Maldacca, Storia di Sorrento, II, 188. En una *carta de Delfino a Maximiliano II es elogiado Pavesi como huomo molto dotto e di buon vita. *Archivo público de Viena*, Corresp. palatina, 6.

(3) V. Rachfahl, II, 2, 630 s.

del nuncio de España, instaba desde mayo a que don Felipe emprendiese el viaje a los Países Bajos (1), y también en cada audiencia que daba a Granvela, ponía de realce la necesidad de semejante paso (2). Después que hubieron llegado las noticias de Pavesi y las nuevas de otros (3), en una conferencia tenida en julio con Requeséns, indicó el Papa con palabras graves y con toda energía, que la situación era mucho más peligrosa de lo que se suponía en Madrid, y que la tardanza de la partida del rey traería en pos de sí las peores consecuencias para la religión (4). El 12 de julio Pío V se dirigió al rey mismo en una decidida carta (5); el 3 de agosto escribió al nuncio de España, que Felipe II habría de dar un día cuenta de la pérdida de tantas almas, pues sólo su personal presencia podía poner remedio (6).

Contra esto el 12 de agosto de 1566 encargóse a Requeséns exponer al Papa que su señor se sentía del todo inocente. Que tocante al viaje las intenciones de su majestad coincidían con los deseos de Su Santidad; pero que si se había de conseguir un buen suceso, el rey debía presentarse con un ejército, no sólo para la defensa de su persona, sino también para poder manifestarse muy poderoso contra los rebeldes flamencos y sus amigos de Francia, Alemania e Inglaterra. Que para semejante armamento era necesario tiempo, y sobre todo faltaba el dinero conveniente, que por lo demás el Papa podía facilitar concediendo subsidios eclesiásticos. Don Felipe hizo además asegurar por Requeséns con la mayor determinación, que cuando se hubiesen hecho todos los preparativos, su majestad emprendería el camino de los Países Bajos, sin arredrarse por los peligros que allí amenazaban. El rey de España se expresó también de un modo semejante hablando con Castagna. Este apremió asimismo de todas maneras y recordó aquella sen-

(1) V. Corresp. dipl., I, 233.

(2) V. Corresp. de Granvelle, éd. Pouillet, I, 318.

(3) V. Laderchi, 1566, n. 470.

(4) V. Corresp. dipl., I, 279 s.

(5) En Laderchi, 1566, n. 471. Cf. Corresp. dipl., I, 279, nota, sobre la fecha. De un cotejo con *Brev. Pii V del *Archivo secreto pontificio*, Arm. 44, t. XII, n. 96, se saca, que en Laderchi después de illic están omitidas las palabras siguientes: in extremo discrimine versatur. Sed si religio catholica illic etc. También ha de leerse oppressa en vez de perpressa.

(6) Corresp. dipl., I, 299. Cf. también Brom, Archivalia, I, 197.

tencia: mientras en Roma se delibera, Sagunto es conquistada; pero nada pudo saber acerca del viaje del rey (1).

No hay duda que Felipe II se entregó a una funesta ilusión sobre las cosas de Flandes, al considerar que su presencia personal no era tan urgentemente necesaria como juzgaba el Papa, el cual quería que este asunto se antepusiese a todos los otros. Después que llegaron las relaciones sobre los horrores de la destrucción de las imágenes, creyó Pío V poder declarar con razón, que había amonestado y prevenido a tiempo inútilmente (2). Todavía enteramente bajo la impresión de las espantosas noticias se resolvió ahora al envío de Pedro Camaiani a España, que tanto asombró.

Camaiani debía de nuevo instar enérgicamente a emprender el viaje y hacer notar que aun el reclutamiento de tan grande ejército para los Países Bajos nada aprovecharía sin la presencia del rey en persona. En la instrucción para el nuncio se dice, que Felipe II era responsable de todas las consecuencias que se habían de originar de una nueva dilación; pues no sólo se perderían los Países Bajos para la Iglesia y para España, sino también era indefectible la peor repercusión en las circunstancias religiosas de Francia e Inglaterra (3).

El conflicto a que ahora se llegó entre Felipe II y Pío V, fué acarreado no sólo por el áspero proceder de Camaiani, sino prescindiendo enteramente de las otras diferencias entre Roma y España, por la circunstancia de que el rey se sintió muy ofendido a causa de la duda expresada por el Papa, sobre la seriedad de sus intentos de efectuar el viaje (4). Esto lo prueban precisamente las enfáticas expresiones con que Felipe II hizo certificar la prontitud de voluntad con que estaba decidido a ir personalmente a Flandes. En realidad pensaba tan poco en ponerse él mismo en camino, como en prestar oídos a la amonestación del Papa, de que antes de emplear la fuerza de las armas, hiciese de nuevo una tentativa de blandura con los flamencos. En diciembre del año 1566, fecundo en acontecimientos, decidióse don Felipe a que el duque de Alba vengase con hierro y sangre los crímenes cometidos en los Países Bajos por alta traición contra Dios y contra el rey. Pero

(1) V. Corresp. dipl., I, 301, 318 s.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 474.

(3) V. Corresp. dipl., I, 357 s.

(4) V. Rachfahl, II, 2, 839.

juntamente mantuvo el engaño, haciendo parecer como si estuviese resuelto seriamente a ir en persona y usar de clemencia, y el duque no fuese enviado delante sino para preparar su llegada (1). El 11 de enero de 1567 recibió Requeséns la orden de participar oficialmente al Papa, en este sentido, los intentos del rey (2).

Entre tanto se había suscitado en Roma el temor de que el gabinete español intentase someter primero los Países Bajos sólo en el concepto político, tolerando provisionalmente las novedades religiosas. Contra tal proceder opuso Pío V la más resuelta protesta (3), recordando las consecuencias que había traído en pos de sí una conducta semejante de Carlos V en Alemania. Añadíase en el escrito que el Papa, que desde el principio sólo tenía fija la vista en el aspecto religioso de la cuestión de Flandes, juzgaba que éste debía ponerse sobre todos los otros, que se había de proceder con toda la fuerza, y que esto se debía hacer por el rey en persona. Que ningún representante podía sustituirle, pues en tales empresas frecuentemente en brevísimo tiempo hay que tomar las más importantes resoluciones. Que como el monarca había de estar allí personalmente para usar de clemencia o castigar con su suprema autoridad, tampoco se recomendaba enviar delante de él un representante; que si esto se hacía, nunca más se creería en la venida de don Felipe, y esto aumentaría la audacia de los rebeldes.

El Papa conoció claramente de cuánta importancia sería también una victoria de los novadores en Flandes para el desenvolvimiento de las cosas en Francia, Inglaterra y Alemania. Por eso no se cansó en exhortar siempre de nuevo a don Felipe a que se presentase rápidamente en las provincias amenazadas, para reprimir allí inmediatamente el movimiento herético y restablecer en todas partes el culto católico. Decíale que con esto se prestaría también el mejor servicio a la dominación política de España en los Países Bajos, pues de las novedades religiosas procedía el fuego de la rebelión (4).

Felipe II declaró que ésta era también su opinión. Rechazó toda idea de tolerancia del calvinismo; sólo quería no poner la cuestión religiosa tan en primer término como el Papa. Además

(1) Cf. *ibid.*

(2) V. Corresp. dipl., II, 16.

(3) Cf. *ibid.*, 25 s., 52 s.

(4) V. *ibid.*, 47.

persistía en enviar delante al duque de Alba. Su viaje a Flandes lo anunció como cierto, pero evitó señalar para él un tiempo determinado (1). Así pasó el mes de mayo de 1567, y llegó junio, mientras el rey permanecía todavía en España, a pesar de la amonestación que le dirigió el Papa por un nuevo breve de 17 de mayo de 1567. Los preparativos para su viaje continuaban haciéndose. El 23 de junio escribió Felipe II a Roma a Granvela, que los que no creían en su viaje, verían presto lo contrario de lo que con tanta malignidad difundían. En julio fué un correo de Madrid a Roma, para notificar al Papa la pronta partida de don Felipe. Cuando el nuncio preguntó si debía permanecer en Madrid o acompañar al rey a Flandes, advirtió don Felipe, que le sería muy grato tenerle en su séquito (2). El 15 de julio repitió el rey su mandato de acelerar los preparativos para el viaje, y seis días más tarde, en la publicación de los decretos de las cortes, declaró que la conducta de los Países Bajos le obligaba a trasladarse allá (3).

A pesar de esto iban a tener razón los que desde el principio habían puesto en duda que don Felipe iría personalmente a Flandes. El 11 de agosto de 1567 también Castagna hubo de comunicar a Roma: nadie cuenta ya en Madrid con el viaje del rey, para el cual ya se han hecho todos los preparativos hasta en los más mínimos pormenores. A principios de septiembre el nuncio expresó al rey, aunque con el debido respeto, su más profunda pena por el cambio de parecer de éste, y habló del dolor que sentía el Papa, y del juicio desfavorable que formaría el mundo. El 20 de septiembre efectuóse la publicación oficial de que el viaje se había diferido para la primavera siguiente. Por un correo se indicó a Requeséns, que expusiese al Papa los motivos que habían determinado a tomar esta resolución. Asegurábase en Madrid, que el rey persistía en el proyectado viaje. Espinosa declaró al nuncio, que sólo la muerte o el fin del mundo serían capaces de retener a su majestad el próximo marzo (4).

(1) Cf. arriba, p. 12.

(2) Cf. Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo I, CLIV, 550, 564 y *Bibl. de Madrid*, 100 s.; Holzwarth, II, 1, 31 s. En Holzwarth hay también una investigación de los motivos por los cuales no quería ir Felipe II a los Países Bajos. Cf. además *Corresp. dipl.*, II, LV s.

(3) V. Ranke, *Estudios Hist.-biogr.*, 522.

(4) V. las relaciones de Castagna en Gachard, *Bibl. de Madrid*, 100-105, y *Corresp. dipl.*, II, 177 s., 184 s., 189 s., 203 s., 205 s.

El Papa, que todavía en agosto de 1567 había rogado diariamente en la santa misa por la feliz travesía del rey, y hecho también rogar por ella a todo el clero romano (1), hubo de sentir muy dolorosamente la dilación del viaje, del cual esperaba la única salvación de los Países Bajos, como asimismo un rumbo favorable de la causa católica en Francia e Inglaterra. Dijo francamente a Requeséns, que el rey, el cual le había escrito de su propia mano, le había engañado; que tratándose de la religión hubiera debido dejar todo lo demás, pues en último resultado Dios es el que cuida de todo. Requeséns y Granvela disculparon al rey lo mejor que pudieron; con todo el Papa quedó muy enojado (2). El 15 de julio había otorgado (3) al rey, en atención a la prometida intervención en Flandes, el cobro del llamado excusado (4). ¿No debía ahora creer, que las promesas de don Felipe no habían pretendido otro fin que el de obtener esta tan importante concesión? (5) Dijeran lo que quisiesen los amigos de España en la curia, Pío V siguió creyendo que había sido engañado por Felipe II. Sólo el proceder enérgico del duque de Alba en los Países Bajos le volvió a tranquilizar y le dió nueva esperanza de que los intereses católicos no padecerían por la dilación del viaje (6).

Pío V conoció claramente la falta que cometió don Felipe con la retardación y definitiva renuncia de su personal presencia en los Países Bajos, tan temida de los novadores (7). En cambio no

(1) V. la *relación de Arco, de 23 de agosto de 1567, *Archivo público de Viena*. En 2 de agosto había Bonelli escrito en cifra a Castagna, que el Papa deseaba que don Felipe partiese lo más pronto posible, y expuesto de nuevo las razones de ello. *Corresp. dipl.*, II, 175 s.

(2) V. las *relaciones de Arco, de 6, 13 y 20 de septiembre de 1567, *Archivo público de Viena*, y la carta de Granvela, de 16 de septiembre de 1567, *Corresp. de Philippe II*, tomo I, 577. Cf. *Corresp. dipl.*, II, 198.

(3) La bula se halla en la *Corresp. dipl.*, II, 524 s. Según ella hay que corregir a Philippson, 310, y asimismo a Gams, III, 2, 519.

(4) El excusado era un impuesto, por el cual el rey en todas las parroquias recibía de cada tercera casa el diezmo íntegro, que estas casas por otra parte habían de pagar a la Iglesia, pero de cuya tributación a la misma estaban ahora exentas (excusado). Cf. *Desdévices du Dezeit, L'Espagne de l'ancien régime*. Les institutions, París, 1899, 370.

(5) Requeséns juzgaba en 1566, que el excusado valdría un Perú (*Colec. de docum. inéd.*, XCVII, 376). Cf. además la relación de Dietrichstein en Koch, *Fuentes para la historia de Maximiliano II*, Leipzig, 1857, 200.

(6) V. *Corresp. dipl.*, II, LIX s., 191, 198, 200 s., 204 s., 212, 216 s., 253. Cf. *Corresp. de Philippe II*, tomo I, 580 s.

(7) V. *Corresp. dipl.*, II, XLVIII.